

## Solo, en la estación

*“Oh my darling, oh my darling,  
Oh my darling, Clementine!  
You are lost and gone forever  
Dreadful sorry, Clementine”*

Hubo apenas un ruido sordo, entre el barullo de fondo, pero fue suficiente para que me diera cuenta de que alguna de las cinco mil válvulas de la computadora había fallado, nuevamente. Hacía meses que veníamos “remendándola” con piezas mecánicas adaptadas de otras máquinas y con circuitos alternativos.

– No hay caso, Doctor, Clementina no quiere más – dije.

El hombre, un gordo casi pelado, de gruesos anteojos de carey, me miró como si le hablara en otro idioma. Después, comprendiendo, pareció desmoronarse.

– No puede ser, ¿otra vez? ¿no la habían arreglado ayer? –

– Qué quiere que hagamos. Son solo parches. Algunos componentes ya no se consiguen... –

– Pero... ¿y mi trabajo? – preguntó mientras apretaba entre sus manos una carpeta ajada, de donde sobresalían tarjetas perforadas y hojas desordenadas, muchas ya amarillas. –

– No sé, pero lo que es hoy no va a poder hacer nada... – y al ver que la noticia le afectaba tanto como la muerte de un ser querido, traté de animarlo – véngase al pañol y tómese unos mates, mientras sueldo una plaqueta, que puede ser que sirva de reemplazo–

El Doctor me siguió, sin ánimo, hasta el cuarto contiguo, donde teníamos todo lo necesario para las reparaciones de Clementina. Alguien, antes que yo, había instalado en un rincón una garrafita y una pava. El agua había que traerla desde el baño, pero todavía quedaba media pava, así que solo prendí el fuego. Le ofrecí a mi invitado una silla junto a la mesa donde me puse a soldar unos componentes. Nos quedamos en silencio, hasta que el agua rompió el hervor. Mientras cambiaba la yerba, el Doctor, por hablar, comentó

– Antes acá había que matarse para conseguir un turno de media hora –

– Si, ya me lo contó la vez pasada, se peleaban por usar la computadora–

Como si recién reparase en ello, me preguntó – ¿Cuánto hace que trabaja acá? –

– Un año, más o menos – le contesté, aunque siendo él casi el único que venía a usar a Clementina supuse que debería saberlo.

– ¿Y le dejan tener todo esto...? – Se refería a la garrafa.

– Sin mate no puedo trabajar. Viví varios años en el Uruguay, donde el mate forma parte del mobiliario de oficina –

Dicho esto le pasé la pava y el mate, para que se encargara de cebar, mientras yo seguía trabajando en los circuitos. El Doctor tomó la posta sin reparos.

– ¿Le conté cómo fue cuando la trajeron? –. Preguntó acercándose el primer mate.

– No –dije. No conocía la historia.

– Fue una fiesta. Imagínese, la primer computadora académica del país, de Latinoamérica. Además se daba todo junto: el pabellón I, el Centro de Cálculo y Clementina. ¿Sabe por qué le pusieron Clementina? No es el nombre que uno imaginaría para una computadora... –

– La verdad que no. Suena al que tendría una tía abuela, lejana –

– Uno de los ingenieros, creo que fue *Paiuk*, le cargó un programa en *Assembler* que hacía que sonara esa tonadita inglesa “*Oh my darling, Clementine!*” Cuando terminaba de procesar un programa. Después siguieron probando y le hicieron “tocar” otros ritmos, hasta tangos, pero le quedó el nombre, latinizado de Clementina, En rigor debería llamarse Clementine, porque es de origen inglés, ¿sabe? –

– Si, es una *Mercury*, de la empresa *Ferranti*, de Manchester.

– Claro si usted lo sabe mejor que yo, que la conoce “por dentro” – otra vez hizo silencio, y me acercó otro mate. Dejé por un momento mi tarea y como si eso lo habilitara a continuar, siguió – A la licitación se presentaron cuatro empresas, tres yankis, y la *Ferranti*. Las características que ofrecían eran parecidas pero... – y ahí se acercó más y bajó el tono de voz, como si fuera a contar algún secreto importante – los de Manchester habían desarrollado el lenguaje AUTOCODE, que era fácil de usar y bueno para cuestiones científicas –

El doctor se había entusiasmado, hablando de otros tiempos. Por lo menos ya no estaba tan amargado.

– Era la poderosa locomotora del progreso – decía como si hablara a un público inexistente – que se acercaba a nuestra estación. En el primer vagón venía el Instituto de Cálculo y

detrás Clementina. No había nada que envidiarle a ningún país del norte. Se hacían trabajos de investigación como los del Instituto Tecnológico de Massachusetts Aunque cuando la instalaron todavía no estaban hechas las escaleras, ni menos los ascensores, así que se accedía por unos tablones de madera. Con la emoción de usar una computadora a nadie le importaba, pero las mujeres que usaban tacos veían peligrar su integridad – Río – El director del Instituto era Manuel Sadosky, que había estado en universidades de Europa y empezó a hinchar con que había que comprar una computadora para la facultad. Yo pensé que era todo “blablá”, que no iba a pasar nada, pero se consiguieron fondos del CONICET, que no eran “chirolas”, y acá está Clementina. Se hacían cálculos para todos los organismos estatales, para la CNEA, la YPF... y para muchas empresas privadas. Hasta hubo un estudio muy revelador sobre los semáforos y los sentidos de las calles en la ciudad de Buenos Aires. Fue una época dorada... – siguió, después de la interrupción de un mate corto – La Facultad se llenó de investigadores que habían estado en Europa y Estados Unidos, y traían ideas innovadoras. Se vivía un estado de efervescencia científica. Ahí fue cuando se hicieron un montón de publicaciones basadas en datos procesados por Clementina –

El entusiasmo que había puesto en su elocución se iba diluyendo a medida que continuaba.

– Después, un día hace cuatro años, todo se acabó. El flamante gobierno de facto abolió la autonomía universitaria y, mientras en la facultad se trataba de determinar qué posición tomar al respecto, la policía emprendió un agresivo operativo donde alumnos y docentes por igual terminaron golpeados y detenidos. Eminencias académicas apaleadas como animales. El dolor iba más allá de lo físico, era moral. Después de ese incidente mil trescientos profesores de la universidad y los setenta del instituto de Cálculo presentaron su renuncia y se dispersaron por el mundo... Yo me quedé, porque lo mío es muy específico y no veía posibilidades laborales en la industria, y además debía mantener a mi familia. Pensé que podía hacer una “resistencia” desde adentro. O porque tuve miedo, no sé. Así fue como vi alejarse al tren del progreso...–

Ahora estábamos peor que al principio. El hombre parecía a punto de ponerse a llorar. Siguió un silencio incómodo.

- Usted por ese entonces, estaba...– dejó la frase abierta para que la completara.
- En el Uruguay – contesté, como si eso me eximiera de saber sobre todo lo que me había contado.
- Claro. Si hubiera estado acá, habría renunciado. Seguro.
- Sin embargo – quise levantarle el ánimo – Usted sigue haciendo investigación...–
- Es cierto, pero no termino más con mi trabajo. Encima, cuando parece que mis cálculos van a “cerrar” me falla Clementina y me quedo “a pata”. –
- Puede usar las de IBM, ¿No? ¿No van todos a trabajar allá? – repuse, tratando que la cosa no decayera, pero fue peor.
- ¿Qué clase de Instituto de Cálculo es este que no tiene su propia computadora? ¿Qué clase de egresado de la carrera de Computador Científico es el que debe ir a hacer sus trabajos prácticos a una empresa privada porque en la Facultad no hay con qué? –
- Ya van a comprar otra computadora – volví a armonizar – ya vendrá una Clementina II y usted podrá seguir con sus cálculos. –
- No es la computadora lo que falta. Es la gente. Todos esos investigadores que fueron echados, apaleados, eran la locomotora que llevaba adelante el cambio ¿A quién le importa ahora que Clementina esté obsoleta? Estoy solo, en la estación, añorando el tren que se me fue. –

No se me ocurrió ningún comentario que pudiera revertir la tristeza de sus palabras y me limité a terminar con lo que estaba soldando. Intercambiamos sin palabras un par de mates ya lavados y volví al salón principal donde estaba Clementina. El doctor aprovechó para ir a buscar más agua.

Saqué la tapa de uno de los tantos armarios que formaban la computadora y desconectando y reconectando cables reemplacé una placa por la otra, que había estado arreglando. No me apuré a poner la tapa nuevamente hasta haber comprobado la efectividad del cambio. Volví a iniciar la máquina, en un proceso que involucró el encendido y apagado de múltiples lucecitas, y finalmente se prendió el indicador que avisaba que estaba lista para operar.

– Ya está el agua – vino a decirme el Doctor, y se sorprendió de encontrar la máquina operativa.

– Dele – señalé la silla frente al panel de entrada de datos – aproveche ahora – sonreí. – ¿Sabe?, ya van a venir nuevos investigadores. Ingenieros, licenciados, Doctores. Se están formando, para ser la máquina del nuevo tren. Mientras esperamos, y por un rato, nos hace compañía Clementina.

Sergio Alberino 2011